



El personal sanitario atiende en la calle a los heridos en la explosión que se produjo ayer en la estación ferroviaria de Atocha. Cualquier sitio era válido para prestar asistencia con bote

«Se me ha muerto en los brazos»

Los testigos de la masacre relatan historias esperpénticas, vividas mientras intentaban socorrer con los medios a su alcance a los heridos en los atentados

MATEO BALÍN. COLPISA/MADRID

«Era como imágenes de la guerra. La gente llevaba los brazos colgando. Cuando se oyó la explosión la gente golpeaba las puertas e intentaba salir por las ventanas». «Estaba todo reventado. La gente ha salido huyendo por las vías y había docenas de heridos. Yo me he quedado a ayudar. Tenía una chica en los brazos... y la hemos perdido. Se me ha muerto en los brazos». Éste es el infierno con el que se encontraron ayer muchos madrileños que iban a trabajar, poco después de las siete y media de la mañana.

En Torrejón de Ardoz se subió al tren de cercanías sobre las siete Mariano Martín. Este joven de 28 años se caló los cascos a los oídos, se sentó en el centro del primer vagón y se dispuso a afrontar tranquilamente la rutina de su trayecto cotidiano. Faltaba un centenar de metros para que el convoy entrara en la estación de Atocha, al sur de Madrid, que es la estación en la que se suele apea. Y de pronto «explotó todo». «El vagón de atrás, que es el que normalmente cojo, saltó por los aires. Todo reventado... Los cuerpos, desperdigados... Heridos por todas partes...». Mariano salió por su propio pie. No todos tuvieron la

misma suerte: en su vagón viajaban más de cien personas.

Hora y media después de los atentados, todavía estaba desorientado. Hablaba balbuceando, con esa apariencia de tranquilidad que dan las situaciones de nerviosismo extremo, y no dejaba de lamentar la muerte de la chica que había tenido en sus brazos, y cuya vida, como la de tantas otras personas, había sido incapaz de retener.

Una vecina de la estación intentaba llevárselo a su casa para que, por lo menos, se limpiara la sangre que cubrían su cara y sus manos. «No, señora, no se preocupe», decía el herido, aunque al final terminó accediendo.

Apoyo y solidaridad

Mariano Martín es tan sólo uno de los cientos de testimonios estremecedores que cualquiera podría haber recogido este jueves negro en las calles del sur de Madrid. Y también lo es la demostración de apoyo y solidaridad de sus habitantes con las víctimas de los atentados. «Desde las casas —explica otro de los pasajeros afectados—, la gente tiraban mantas y botellas de agua, porque la policía acordonaba la zona y no dejaban pasar a las miles de personas que querían echar una mano



Familiares de las víctimas lloran desconsolados. / REUTERS

«Sólo quería salir de esa jaula»

COLPISA MADRID

■ «Estaba dentro del vagón, pegando patadas, y no podía salir», recuerda estremeado Alberto Gómez, reponedor de una cadena de supermercados en Madrid. «Era una sensación de agobio inexplicable. No quería mirar a los lados y sólo quería

salir de esa jaula mortal», añade.

Sobre las vías, brazos y piernas, cadáveres desmembrados, bocas contraídas para siempre en una mueca de horror.

Sólo las mantas del SAMUR lograron ocultar, hasta que el juez ordenó el levantamiento de

los cuerpos, este panorama indescriptible.

«Salía mucho humo, y aunque había algunos policías, no llegaban los equipos médicos. Hemos tenido que arrancar los bancos de los andenes para sacar a la gente de los amasijos de hierro», describe Gómez.

en lo que pudieran».

Atocha es, de los tres puntos atacados por los terroristas, el que ha dejado un mayor saldo de muerte y destrucción. Un centro médico privado de la calle Téllez, que linda con la estación, asistió de urgencia a los primeros heridos que se agolpaban en sus puertas.

A pocos metros, sobre las vías, los restos del tren que se disponía a entrar en Madrid: los vagones abiertos como latas de sardinas, con partes enteras desintegradas.

Fuera, en las calles de alrededor, una cincuenta de ambulancias esperaba fila para recoger a quienes estaban siendo rescatados de entre el amasijo de hierros. Las cifras, entretanto, iban creciendo sin cesar, y todos los presentes comprendían ya que el número de víctimas mortales iba a convertir este jueves en el día más trágico de la historia de la capital de España.

En ese momento, las víctimas no lo sabían, pero dos kilómetros más al sur, a dos paradas por la misma vía, varios cientos de personas más sufrían el mismo drama. Se trababa del apeadero de Renfe en El Pozo del Tío Raimundo, una popular barriada del distrito de Vallecas, en donde se encuentra, también, la Asamblea de Madrid.